

C U A T R O P O E M A S

JORDI DOCE



Jordi Doce

JORDI DOCE (Gijón, 1967) es doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Sheffield.

Ha preparado ediciones bilingües de la poesía de Paul Auster, William Blake, T. S. Eliot, Ted Hughes y Charles Tomlinson, y es autor de *La anatomía del miedo* (1994), *Diálogo en la sombra* (1997) y *Lección de permanencia* (2000).

Residió durante ocho años en Inglaterra, donde fue lector de español en la Universidad de Oxford.

Miembro del consejo redactor de la revista *Solaria* y colaborador de *Clarín* y *Cuadernos Hispanoamericanos*, actualmente es subdirector editorial de la revista *Letras Libres*.

Poética

Se me pide una poética. La verdad es que creo muy poco en esta suerte de escritos, a caballo entre la declaración de intenciones, la reflexión teórica y el más puro *wishful thinking* (otra cosa es que la mirada se centre en el pasado, en lo ya hecho, de modo que el lector complete su acercamiento a la obra con algunos datos biográficos y reflexiones circunstanciales). Hubo un tiempo, en mis años universitarios y poco después, en que leía las poéticas ajenas con gusto e incluso ensayé unas cuantas, tal vez para compensar la pobreza de mis ensayos creativos. Hilar con pie en la propia poesía un puñado de afirmaciones grandilocuentes o un conjunto de sutiles argumentaciones teóricas no exige sino cierto atrevimiento atolondrado, en el primer caso, o una mente familiarizada con la escolástica del momento, en el segundo. Bregar con las palabras es un ejercicio a medias placentero y desasegante que conduce, o debiera conducir, a un sano escepticismo y una no menos sana resignación. Por respeto al lector y a uno mismo, no hay más poética que la encarnada en los propios poemas. Y la que dibujan, por vía indirecta, los ensayos que sobre sus predecesores y sus coetáneos ha escrito o escribirá uno. Por lo demás, y por el momento, el lector tiene la palabra, la que ahora tiendo para que, si quiere y siente el impulso cordial de la curiosidad, la haga suya.

Hundido en el sofá, en espera de Nuria.
 Ya la tarde congrega su ceniza
 y en el patio callaron las palomas,
 el juego de billar de tantos vuelos.
 Arriba, insoslayable,
 la voz de Joni Mitchell se demora
 (*Little Green*,
 verde primero, el verde de los descubrimientos)
 y planta en mi vigilia el sol de California,
 la tintura imprecisa de sus visiones.
 El olor del asfalto y la hierba cortada
 es algo más que una memoria:
 tiene la consistencia del calor
 y sus fantasmas.
 El chaschás de los aspersores
 (sauces de cristal, bajos surtidores)
 evoca tardes dilatadas,
 las mismas que me vieron desandar
 la quietud suburbana de los porches
 y aceptar que su calma era tan firme
 como la urgencia del recién llegado.

De pronto se disipan quince años
 y el instante me confirma en Grinnell,
 sus puertas entreabiertas y sus ventanas suspicaces,
 su franqueza infantil y sus gorras de béisbol.
 Tengo la levedad del extranjero
 sin pasado ni objeto,
 y en el rostro una máscara de asombros,
 el ceño inaugural de la curiosidad
 que el tiempo no ha desencajado aún.
 Plenitud de la piel, del corazón alerta
 al aire descerrajado de agosto,
 fulgor y plenitud que fueron vida,
 que existen porque existe mi nostalgia.
 Y una escena entre todas se destaca:
 la cortadora en el jardín,
 el morro levantado del Ford, junto al garaje;
 y al fondo, semioculta por los fresnos,

la limpia retícula de las calles
apilando vacío y temblor y opulencia.
Por ahí viaja mi recuerdo ahora,
a la espera de Nuria,
Nuria que se retrasa demasiado,
Nuria que no ha venido
—y no hay remedio—
a borrar con sus pasos y sus sílabas
este verano intacto que me excede.

HAMLET EN LA PLAYA

La clara luz de enero, tan rasante,
ha dado con el hueso de las formas.

Esta marina es ya mi calavera:
espuma y plomo, médanos sin nadie,

la monda desazón de las gaviotas
peinando los pedreros y los muelles.

Converso cara a cara con el mundo
y sus cuencas vacías me interrogan.

Esperan las palabras que no sé,
la huella que reservo a tantos días.

Me planto en lo que veo y se deshace:
es cuerpo muerto, muerte que me ausculta.

La clara luz de enero, tan inmóvil,
confirma la osamenta de esta hora.

El vuelo de esta avispa
en el azul del aire, contra un fondo
de cipreses y falsas
columnas medievales, mientras Paula
desanuda con paso
azorado el jardín
y advierte fugazmente cada tronco,
la trama ensimismada
de setos y empedrados,
viene tal vez
de muy lejos, de un tiempo
anterior a los tiempos que recuerdo,
cuando el simple existir
de las cosas
se imprimía en los ojos
con limpieza, y el vuelo recto
y absorto de la avispa
era tan sólo acción y asombro,
humilde acontecer
como este fondo azul
que afirma a los cipreses
de repente crecidos,
igual que ahora Paula
con andar más tranquilo
se acerca hasta sus troncos
y levanta los brazos
(niña avispada)
respondiendo feliz a su saludo.

La mañana es un parque de paso
con palomas en corro y bancos ateridos,
el lugar de la sombra y sus placas de frío,
el tiempo de la urgencia y sus tercos atajos.
Parque urbano, modesto,
que ofrece su hormigón y sus parterres
para que nadie se demore,
que congrega vientos y gabardinas
en su largo transcurso a ningún sitio,
echa en falta la luz,
el calor de la luz,
tal vez un rostro que la acoja y multiplique.
Aguardando tenaz el mediodía,
siente que el tiempo no le ayuda,
que todo llega tarde y sin fragancia:
le abruma las fachadas,
su almenar desdeñoso,
el brillo de mercurio de tantos ventanales
que son un mismo azogue impenetrable.
Cuántas horas perdidas, piensa,
cuántas horas de frío y sombra
agostando sus formas,
la dura inercia de la espera...
Ya el parque se lamenta, taciturno,
agrisando sus setos y sus charcos,
hostil con los tres viejos
que conversan sin prisa, sin palabras.
No advierte, arriba, el ápice del sol
en los tejados encendidos,
la blanca medialuna que viene a reanimarle.
Su despecho es un sueño terminal
de sombras que se abrazan bajo un sol agotado
y nubes que desvelan las altas cristaleras.